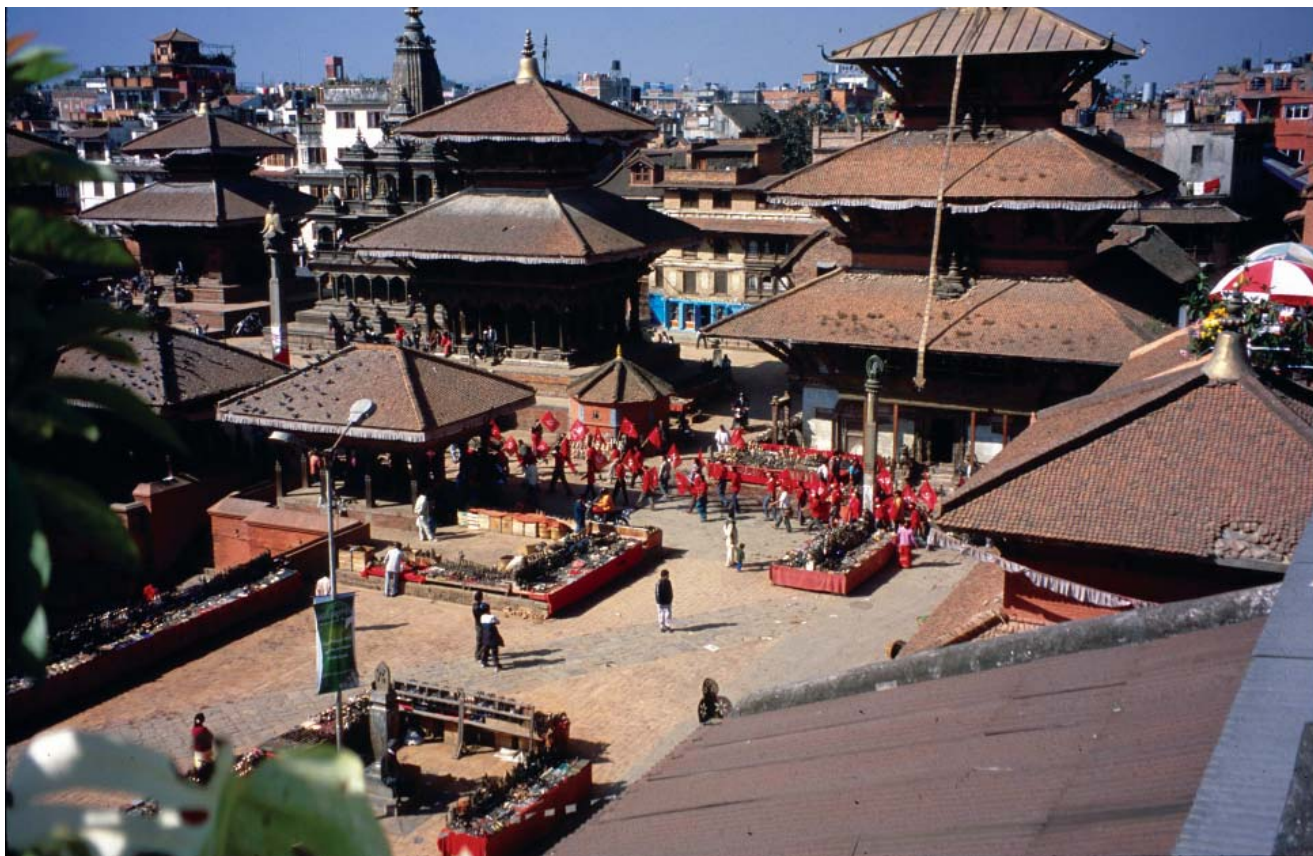
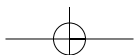


■ asia



Las milicias maoístas desfilan en Patan.



Nepal, una revolución en dilema

por Mark Aguirre

Después de casi 11 años de guerra popular la Revolución Nepalí ha entrado en un dilema. Debe decidir si desmantela el doble poder que ha creado estando la monarquía feudal en pie o si lo mantiene hasta que las aspiraciones de la Revolución sean completadas y se proclame una República que abra el Estado a las clases populares. Es el divorcio entre los acuerdos por arriba por una Asamblea Constituyente y la realidad por abajo del poder popular. Mark Aguirre ha estado en Nepal recientemente. Esto es lo que ha visto y le han contado.

Un mar de banderas rojas con la hoz y el martillo llena el teatro al aire libre en el parque de Ratna en Katmandú. Han llegado militantes maoístas de todos los rincones del valle para celebrar lo que ellos consideran una victoria: el acuerdo histórico con el gobierno para un alto el fuego permanente y la formación de un gobierno y un parlamento interinos, con participación de los maoístas, que organicen elecciones a una Asamblea Constituyente para decidir el futuro de la monarquía feudal nepalí.

Han venido en muchos cortejos recorriendo las calles de la capital. Entre ellos milicianos vestidos de civil y sin armas desfilando con sus mandos al frente. Algo impensable hace apenas sólo unos meses. El sol golpea este día cómo una estaca pero la gente se sienta sobre la hierba mal cuidada. El mitin ha empezado y continúan llegando militantes. No hay mucha fiesta. Tocan el cielo, no lo han ganado. Hay muchos jóvenes de ambos sexos. Algunas mujeres desfilan en sus propios grupos. Pertenecen a las clases y castas populares. La clase media es difícil de ver. Cuando suena la Internacional, cantada por uno de los grupos de animación cultural maoísta, la gente no la entona porque no la sabe. Pero levantan los puños cuando los altavoces piden un minuto de silencio por los muertos

en combate o asesinados o desaparecidos por la policía. Miles, en una guerra que ha durado ya diez años (más de 13 mil en ambos bandos, muchos de ellos civiles)

Prabahakar, el número dos de las milicias maoístas, el principal orador, dice "que han bajado sus armas pero que no han renunciado a su pensamiento e ideología" y llama a la gente a levantarse contra los maoístas "si el partido fracasa en cumplir las aspiraciones de las masas". El supremo líder Prachanda había prometido mostrarse y hablar en público por primera vez en diez años, y miles de carteles habían sido colgados en todos los rincones del Valle, pero a última hora ha preferido entrevistarse con el primer ministro Girija Prasad Koirala, del Partido del Congreso de Nepal, para discutir el acuerdo entre los partidos democráticos y los maoístas para acabar la guerra popular.

* * *

No hace falta estar muchos días en Nepal para saber que este empobrecido y atrasado reino del Himalaya está marcado por el doble poder y que sus políticos están obligados a navegar en ese turbulento mar. Una monarquía feudal acorralada que se niega a morir y un poder popular que no puede ganarla militarmente. En medio, una coalición de

siete partidos parlamentarios con base social en los sectores modernos urbanos, que quiere mediar entre dos fuerzas aparentemente irreconciliables. La dinamo de la situación es un profundo movimiento social que se rebela contra la autocracia, la pobreza, los privilegios y el atraso. Un movimiento que ha convertido al maoísmo en la corriente política con más apoyo en la calle desde que en abril último una huelga general empezara pidiendo la restauración de la democracia –que consiguió– y que acabará exigiendo el fin de la monarquía.

Algo que está por ver y que es la principal tarea de esta Revolución. Una reivindicación que los maoístas habían pedido desde que iniciaran su lucha armada en 1996 en las remotas montañas de Rukum y Rolpa, al oeste de la capital, y que ahora, diez años después, llegaba al corazón del país.

Un empleado en la oficina de Ian Martín, el representante en Nepal de las Naciones Unidas que ha hecho de mediador en las negociaciones para el alto el fuego, asociaba el espectacular avance maoísta en los últimos tres o cuatro años al desprecio que la élite nepalí tiene de su población. “No podían entender, decía, que gente de las castas ‘corrientes’ pudiera generar un movimiento capaz de derrotarlos”. Era lo mismo que había pasado en China con los asesores de Harvard con el presidente Mao y su ejército de campesinos pobres e iletrados que se habían propuesto regenerar el país. Sin herramientas conceptuales para explicar una revolución popular, los brahmanes, chetris..., las castas hinduistas que siempre han tenido el poder y los privilegios, se pintaron su propia fantasía de lo que estaba pasando, y cuando quisieron reaccionar ya era tarde, los maoístas controlaban la zona rural y empezaban a bajar a las ciudades.

Nepal, casi 28 millones de habitantes, es uno de los países más pobres del mundo. Un país cuyos campesinos, la mayoría de su población, viven aplastados por el medioevo: hay pueblos a los que sólo llegas caminando por sendas que suben y bajan los espectaculares valles de la vertiente sur de los Himalayas. A otros, no lejos de la capital sólo se accede por pista. Muchos no tienen electricidad y el hospital más cercano está a tres horas. El 40% de la población es analfabeta y pobre. Las mujeres cargan lo que

en otros lugares del tercer mundo cargan los burros. Según la tradición hinduista no heredan. Paren en chozas a un lado de su casa, donde permanecen aisladas durante diez días. La práctica de encerrar a las mujeres en el establo durante la menstruación fue declarada ilegal hace sólo algo más de un año. La servidumbre fue abolida apenas hace cinco, pero los campesinos pagan onerosas rentas por cultivar la tierra de los latifundistas. Los ingresos por cabeza son de 240 dólares al año, pero el 10% de su población posee el 65% de la tierra cultivable e ingresa el 46,5% de la renta nacional. Mucha gente, para sobrevivir, emigra o trafica a sus hijas hacia los burdeles de la India. En el año 2005 un millón, uno de cada 11 hombres adultos, vivía en el extranjero, en la India, en Dubai, Ku-

wait, Qatar... contribuyendo con un tercio del ingreso familiar nepalí.

Es contra estas y otras condiciones miserables que la guerra popular empezó. Los jóvenes se alzaron en los pueblos de las montañas para poner fin a la pobreza, a los usureros, a los violadores y a las humillaciones de las castas altas. Se hicieron milicianos a tiempo completo. Hombres y mujeres en condiciones de igualdad, vestidos de civil organizaron patrullas armadas y expulsaron de los pueblos a los policías y funcionarios de la monarquía. Construyeron comités populares, milicias, tribunales del

pueblo en cada comunidad que liberaban. Abrieron espacios para dar poder a las mujeres. Levantaron sus derechos. Castigaron a los violadores. Abolieron las castas. Repartieron la tierra de los latifundistas. Condonaron las deudas de los campesinos. La gente empezó a aceptar las instituciones que crea-

ron porque estaban hartos de la corrupción de los tribunales y la policía de la monarquía, que siempre actuaban contra ellos en beneficio de los brahmanes u otras castas altas. “Prachanda, en vez de un sobre por debajo de la mesa, a los funcionarios corruptos les daba balazos”, decía en Katmandú un fotógrafo sumariando el éxito maoísta en las montañas.

* * *

Asbin Rai es uno de estos jóvenes maoístas que están transformando Nepal. Lo conocí en una visita a la sede en

Los maoístas han formado un Ejército Popular de más de 35 mil combatientes que el Ejército Real Nepalí no puede derrotar.

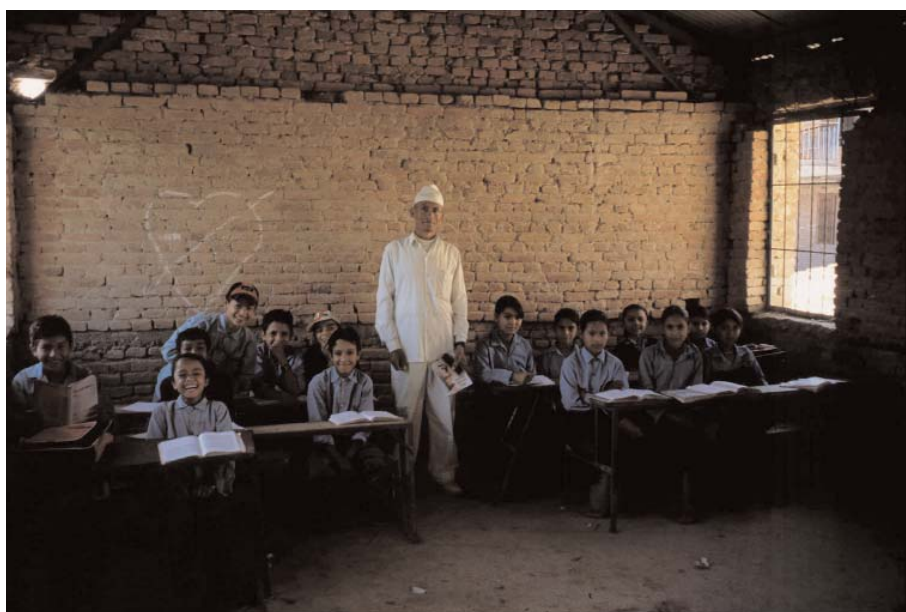
Si el acuerdo colapsa la guerra será mucho más violenta y sangrienta de lo que lo ha sido hasta ahora, llevando a Nepal a una situación incierta.

Patán del frente de liberación nacional Kiroti, una de las organizaciones étnicas que lucha por sus derechos. Es un edificio pintado de blanco adornado con banderas rojas junto al río sagrado que separa Patan de Katmandú. Las reuniones se celebraban en el suelo. No hay más mobiliario que un par de mesas metálicas con un teléfono. Asbin Rai no tendrá más de 25 años. Ha ido a la escuela. Es de una familia de campesinos, dice que pobres. Se le ve entregado, devoto a la causa. Se afilió a los maoístas “para liberar a las castas y hacer un Nepal más igualitario”. Me dice que le hubiese gustado ir al extranjero pero que no puede ir ahora porque la lucha es muy importante para Nepal. Se siente imbuido de una misión.

Las castas son el gran desafío al principio de igualdad que agitan los maoístas. Hay 103 en todo el país. Yo vi en un mercado cómo una mujer brahmán consideraba impropio cargar lo que había comprado y se aprovechaba de otra mujer de una casta más baja que caminaba detrás de ella con la bolsa llena de vegetales. Todos los nepalíes viven juntos en el mismo barrio, en la misma calle, pero las castas los dividen y separan como ninguna otra cosa. Un patrono contaba cómo tiene problemas con sus empleados porque se quejan de que otros pertenecientes a castas más bajas que ellos usan las mismas duchas. Todavía hay restaurantes donde los dalits (intocables) no pueden entrar a menos que lleven sus propios cubiertos. Hinduistas radicales se niegan a dejarles a entrar en los templos, un derecho reconocido por la ley. Aún hoy doctores, la mayoría de casta alta, se niegan a atender a mujeres dalits que necesitan su ayuda, incluso cuando



Campesinos de Nepal.



Escuela nepalí.

están de parto. Nepal es en el siglo XXI un país marcado por el elitismo de las castas que explota en su provecho la religión hinduista. Las campanas de los templos se oyen desde la primera luz del día y no acaban de sonar cuando oscurece. Uno se pregunta cómo será posible conciliar los grandes deseos de igualdad de esta revolución con el hinduismo que perpetua la división social en castas. Hasta ahora los maoístas han dejado en paz los templos, pago-



Cartel de Prachanda.

das y monasterios; saben que una acción contra ellos les quitaría soporte popular. Sólo han atacado a la religión cuando es perpetradora activa de injusticias: “Si una vaca está tumbada en una calle impidiendo el paso a una ambulancia, no tenemos duda, matamos a la vaca”, decía Hira Lel, un maoísta de Katmandú, cuando discutíamos el problema de la religión.

* * *

Los maoístas empezaron como los Robin Hood del Himalaya, luchando contra los agravios e injusticias, pero después de casi once años de guerra popular su fuerza ha crecido extraordinariamente y han salido de las montañas. Han formado un Ejército Popular de más de 35 mil combatientes que el Ejército Real Nepali, armado y asesorado por India, Estados Unidos y Gran Bretaña, no puede derrotar.

Los maoístas se han surtido de armas principalmente robándoselas al propio ejército. Empezaron dando pequeños golpes a pequeños cuarteles de la policía en Rukum y acabaron dando espectaculares golpes a depósitos del ejército con armamento sofisticado. Es famoso el golpe al cuartel de Ghorai en la zona de Ropti, cuando limpiaron uno de los mayores depósitos del ejército nepali, incluido armamento de última generación M-16, GPMGs, LMGs, SLRs, 3-0-3 que acababa de ser entregado por los americanos. Este poder militar les ha permitido controlar la mayor parte del territorio nepali, salvo las ciudades. Un empleado en la oficina de Ian Martin decía que los maoístas recaudan al menos tanto dinero como lo hace el gobierno, si no ingresan más. Tienen sus cobradores de impuestos, sus cárceles, sus tribunales. Han establecido un poder paralelo al de la monarquía que se expande en las ciudades.

Los maoístas lograron penetrar en las ciudades haciendo lo contrario de lo que hicieron en las montañas: no por medios militares, sino políticamente. Les costó reconocer –se llegó hablar de fuertes discrepancias internas entre Prachanda y Baburam Bhattarai, los dos supremos líderes maoístas– que se había alcanzado un equilibrio de fuerzas imposible de decantar a su favor por medios militares. Cuando resolvieron su disputa interna empezaron negociaciones con los partidos parlamentarios para abrir una brecha a su favor en la ciudad. Quitaron el adjetivo popular de su agitación “por una República”. Ya no luchaban por un Estado comunista (que según ellos no podían ganar, dada la correlación de fuerzas), sino por una democracia. En los carteles Prachanda ya no salía junto a Marx, Engels, Lenin, Stalin y Mao, pero sí con la tica hinduista en la frente. Su teoría, “el sendero Prachanda al socialismo”, quedó para la letra pequeña. Los cambios posibilitaron un acuerdo con los partidos parlamentarios contra el poder absoluto del rey. En las jornadas democráticas de abril supieron capitalizar el acuerdo. En Katmandú decían que fueron los maoístas quienes radicalizaron las movilizaciones hasta acabar con el poder absoluto del rey Gyanendra. Meses antes miles de jóvenes maoístas habrían bajado de las montañas desarmados para empezar un trabajo político y fortalecer las organizaciones de masas maoístas. Fueron ellos quienes, una vez comenzadas las protestas, se enfrentaron a la policía arrastrando a la calle a los pobres de la ciudad, cansados de la corrupción y el desempleo, mientras los jóvenes de las clases medias se quedaban durmiendo en casa. Ganaron prestigio cuando llegaron a acorrar al rey en su palacio de Narayanhiti y éste, para salvarse, reconoció el poder del parlamento. A pesar del

estado de sitio había más de cien mil personas rodeando el palacio y gritando “quema al rey”. Murieron al menos 20 personas, resultaron heridas cientos y detenidas miles, pero acabaron ganando. Hoy los maoístas no serán mayoría en la ciudad, pero cuentan con una potente organización, algo de lo que hace unos meses carecían. Se calcula el número de militantes maoístas en el Valle en 40 mil, entre ellos muchos jóvenes newars, nombre con el que se conoce a los nativos del Valle.

En mayo, los líderes empezaron a seguir a sus militantes, bajaron de las montañas y dieron la cara. Las reuniones empezaron a ser abiertas. Los mítines públicos. Las milicias recaudaban impuestos revolucionarios ante los ojos de todos. El gobierno empezó a ceder a las demandas de los maoístas. Le quitaron al rey el control directo del ejército, se aceptó la propuesta de gobierno interino y se convocaron elecciones constituyentes para el verano del 2007.

Como resultado, su líder Prachanda, 53 años, es el político más popular de Nepal. Un profesor de agronomía, nacido en una familia campesina acomodada de brahmanes, comunista desde su adolescencia. En Patan un hombre que no sabía leer, señalando uno de los carteles maoístas con su rostro que están en cualquier lado, me lo presentó “como el próximo rey de Nepal”. Su popularidad descansa en que la gente lo ve como alguien opuesto a la tradicional elite política asociada con corrupción, oportunismo y nepotismo. Un político con las manos limpias. Le perdonan que haya “acudido al gatillo” porque lo ven como el más inteligente e íntegro de los políticos. Alguien que no se ha aprovechado del Estado para enriquecerse y ha sabido sacrificarse durante una década por sus ideas. Habrá denuncias sobre abusos cometidos por los maoístas contra los derechos humanos, pero ninguna de corrupción o malversación de los fondos recaudados. Prachanda conoce su popularidad y espera su oportunidad para convertirse en el primer Presidente de la República de Nepal.

* * *

La monarquía está desahuciada en la

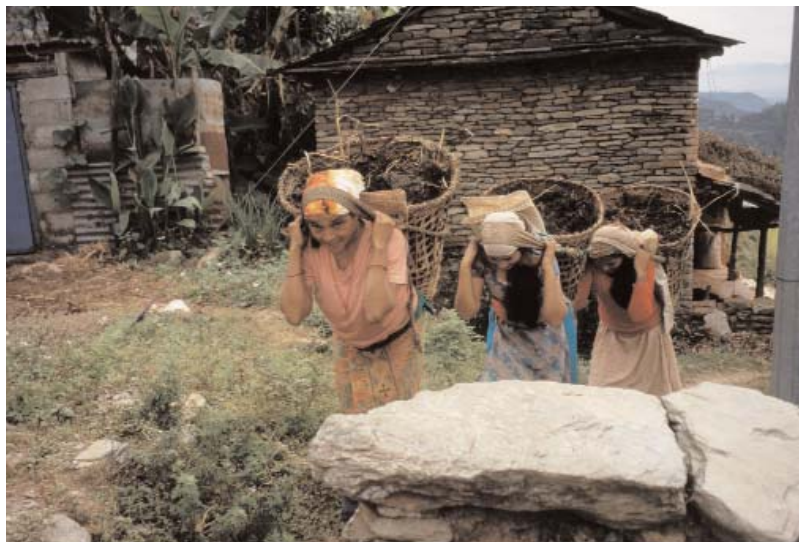
calle desde las jornadas revolucionarias de abril, cuando las masas paralizaron el país durante 19 días, bajándola del cielo. Es una monarquía que exhala descomposición por todas partes. Incapaz de modernizarse, ha llegado al siglo XXI como si viviera en 1769, el año en que el rey Prithvi Narayan Shah unificó un mosaico de etnias y castas para formar Nepal y establecer su dinastía. Todavía hoy, para dirigirse al rey hay que hacerlo a través de un intermediario, pues Su Majestad, el dios Vishnu reencarnado, no se digna a hablar con cualquiera. Eso sí, actúa como si Nepal fuera la continuación del patrimonio de la familia real. En un marco como este los crímenes, intrigas y traiciones son



Milicias maoístas en Katmandú.



Milicianos maoístas en Katmandú.



Mujeres trabajando en el campo.

señas de su identidad.

La putrefacción se hizo visible en junio del 2001, cuando el rey Birendra Shah y otros diez miembros de su familia fueron asesinados, según fuentes oficiales, por el Príncipe heredero Dipendra por un asunto de su boda. Pero en la calle nadie se cree este cuento de princesas malas y hadas buenas. Lo que te cuentan o sugieren es que fue un golpe de Estado entre hermanos. El funeral por el rey asesinado fue el último acto popular de simpatía por la monarquía. Miles de personas se afeitaron la cabeza en señal de duelo y muchos miles más asistieron a las celebraciones. Todo cambió con el nuevo rey Gyanendra Shah y su hijo, el Príncipe heredero Paras, considerado un psicópata violento. La gente los ve, con o sin razón, con las manos manchadas de sangre por el magnicidio. En la ciudad de Pokhara, al oeste de Katmandú, decían “que el anterior rey se paseaba sólo con su perro y nadie le molestaba. Lo veían como a un dios. En cambio el actual viene con medio ejército y no se siente seguro. Nadie lo quiere”.

Los maoístas ven una relación entre la matanza de junio y los paulatinos pasos antidemocráticos dados desde entonces por el rey Gyanendra Shah hasta la disolución del parlamento y la imposición del estado de emergencia en febrero del 2005. Según Baburam Bhattarai, uno de los líderes maoístas, el propio Gyanendra Shah, su hijo Paras y el entonces jefe del ejército Prajwal Rana habrían eliminado al rey Birendra Shah por su supuesta debilidad contra los maoístas, con los que estaba en negociaciones. De hecho el ejército no intervino contra los maoístas —la policía

nacional estaba a cargo de combatirlos—, hasta el año 2001, en el que comenzó a implicarse en la guerra. En estos años ha quedado tan desacreditado como la propia monarquía, con la que es uña y carne.

El ejército tenía 40.000 soldados en 2001 y hoy tiene cerca de 90 mil. Su expansión ha sido financiada en su mayor parte con dinero de Estados Unidos y Gran Bretaña, a pesar de las denuncias ratificadas por organizaciones de derechos humanos independientes de que el ejército ha realizado masacres indiscriminadas de civiles. “No hacen el menor esfuerzo en distinguir quién es maoísta y quién no”, decía el empleado de la oficina de Ian Martin.

Un informe restringido leído por este periodista dice que el ejército ha creado más inseguridad en el país, y ha perdido el soporte de la gente necesario para ganar la guerra a la insurgencia. En las comunidades ven a los militares como unos matones y por eso apoyan a los maoístas. Los militares acostumbran a cometer actos criminales de los que luego culpan a los maoístas. Las deserciones se estaban incrementando incluso entre oficiales.

El mismo informe dice que los militares ven la guerra como una oportunidad de sacar dinero. Por ejemplo cuando compraron cuatro helicópteros a Kazajstán por un costo de 2,5 millones de dólares cada uno, facturaron casi el doble, 4,2 millones por unidad. Los 8 millones de “beneficios” fueron a parar a los bolsillos de los asesores del rey y a los generales de mayor graduación. Conducta que irritó a americanos e ingleses, que quedaban como necios. El informe constata la gran diferencia entre oficiales y soldados a la hora de repartirse los beneficios sociales acumulados que utiliza el rey a su antojo, el de su familia y sus acólitos.

* * *

La actitud del ejército en caso de que la Asamblea Constituyente decida proclamar la República es para muchos una incógnita. Algunos son incluso pesimistas. El rey estará acorralado en su palacio, pero no ha abdicado. Los altos generales pertenecen a los shahs, ranas, a los tapas, el puñado de familias que atesora el poder y la riqueza desde siempre y que se parapetan en la monarquía. La élite de la élite, aunque expertos dicen que no está claro que los militares obedecieran a Paras en caso de una sucesión. Su

jefe, Pyar Jung Tapa, considerado un hombre del rey, ha declarado que los militares respetarán la autoridad civil, pero eso significa, según los acuerdos de cese el fuego alcanzados, poner al ejército bajo el control del pueblo, la Asamblea Constituyente, e integrar los 35 mil soldados maoístas en sus filas, formando por primera vez en la historia de Nepal un ejército nacional y no del rey.

La República se enfrenta también a los intereses de Estados Unidos e India, que ven a la monarquía como un muro de contención a los maoístas. Su ayuda militar al rey nunca se ha suspendido, aunque la americana fuese congelada después del golpe contra el parlamento. Sus embajadores hacen política abiertamente. No se ha dado un paso en las negociaciones entre los maoístas y el gobierno sin que el embajador americano viaje a Nueva Delhi a efectuar consultas. Lo mismo hace el representante de la ONU, Ian Martin, que ha actuado como mediador. El embajador de los Estados Unidos, James F. Moriarty, hace abiertas declaraciones provocativas contra los maoístas siempre que le apetece. Sus intereses, dice, son "que un Nepal maoísta no caiga en la órbita China", su vecino del norte. Pero pudiera ser más sencillo que eso: el gobierno de los Estados Unidos tiene fobia a cualquier poder independiente. Cuando el golpe de febrero del 2005 contra el parlamento, India siguió suministrando armas al ejército nepalí. India tiene intereses estratégicos y económicos en Nepal. Además, el gobierno indio ha declarado que los maoístas (naxalitas) activos en la india rural son el principal problema de seguridad nacional de la India. Un triunfo maoísta sería un mal ejemplo. Nueva Delhi y Washington quieren convertir al rey absoluto Gyanendra Shah, aborrecido por los nepalíes, en un monarca constitucional. El Partido del Congreso de Nepal defiende la propuesta: están dispuestos a justificar cualquier crimen que haya cometido con tal de evitar que el líder maoísta Prachanda llegue a ser jefe de Estado. No les va resultar fácil convencer a la gente. Una Comisión Nacional ha acusado al rey de ser el responsable de los muertos y heridos cuando las jornadas de abril y recomienda acciones penales contra él. Una recomendación que dada la Constitución actual es papel mojado, porque el rey está por encima de la ley. La gente tam-

poco entiende la necesidad de mantener una monarquía de adorno, ceremonial cómo dicen sus partidarios. "¿Para qué necesita Nepal un rey simbólico? ¿Para seguir gastando los escasos recursos que necesita para el desarrollo en alimentar parásitos?", decía Bacchu Ram, un joven de Katmandú.

El propio rey Gyanendra no ve claro su futuro. Gente cercana a la familia real asegura que ésta ha empezado a vender propiedades y a llevarse el dinero a Londres. Se sabe que la familia real tiene importantes inversiones en el sector turístico, en la industria del tabaco y es uno de los grandes terratenientes. Se sabe también que tiene propiedades en los Estados Unidos y Suiza. Después de las movilizaciones de abril se acordó nacionalizar todas las propiedades del rey asesinado Birendra, y las propiedades ancestrales del actual rey Gyanendra, pero no sus propiedades personales. Él era un hombre de negocios antes de ser rey. Hasta ahora se han nacionalizado algunos bienes, como palacios y museos y se ha formado un comité para discutir qué se hace con otras propiedades. Por si acaso, el rey Gyanendra ha comenzado a pensar en un futuro lejos de Nepal.

* * *

En 1990 era difícil ver en Katmandú una mujer vestida a lo occidental o parejas cogidas de la mano. Era también una ciudad no tan caótica, con tantos coches y contaminada como lo es hoy. Ahora es cada vez más frecuente que



Mercado nepalí.



La mayor parte de los niños se ven obligados a trabajar.

los jóvenes den la espalda a los matrimonios arreglados y rompan con el sistema de castas. Los jóvenes han tenido acceso a Internet, tienen más años de escolaridad y no son tan religiosos como antes. Están abriendo una brecha sociológica con el viejo orden. Son los hijos del sistema parlamentario proclamado en abril de 1990 por el anterior rey Birendra después de violentas protestas en la calle. Una movilización que acabó con el régimen del Panchayat (1962-1990). Un intento autoritario fracasado de desarrollar Nepal desde arriba, manteniendo intacto el poder y los privilegios de la monarquía y el sistema de castas. Fue el primer intento popular de acabar con la monarquía absoluta. El segundo está siendo esta Revolución. El “movimiento del pueblo”, como se le llamó, logró que se instaurase un régimen parlamentario dentro de la monarquía. El gobierno democrático emprendió la ruta al desarrollo. Construyó carreteras, escuelas y telecomunicaciones. Y lo que fue más importante, creó ambiciones de modernidad en las nuevas generaciones. El sistema cumplió a medias. Fueron las ciudades quienes se beneficiaron. El nuevo régimen se olvidó de la reforma agraria. Las ciudades se desarrollaron relativamente, pero no ocurrió lo mismo con las zonas rurales. Un informe del Banco Mundial de 1998 mostraba las dramáticas diferencias entre el valle urbanizado de Katmandú y el resto del país. Los números mostraban que el resto del país era diez veces más pobre que Katmandú y había tres veces más de analfabetos. No es de extrañar entonces que la ciudad sea el hábitat natural de

los partidos parlamentarios mientras los maoístas la ven con recelo y dudan de sus intenciones.

La exclusión de la gran mayoría del desarrollo durante el régimen parlamentario (1990-2002) significó que el poder siguió concentrado en las mismas elites de siempre. Los vástagos “democráticos” de los brahmanes, kshatriyas o chetruies mantuvieron los puestos de decisión que durante el Panchayat tenía el ala “autoritaria” de las mismas familias. Son brahmanes quienes forman la columna vertebral del Partido del Congreso y de los comunistas del UML, los partidos parlamentarios mayoritarios. Sin entregar nada sustancial a la mayoría de la población, consumido por luchas intestinas, corrupción y ambiciones banales, el nuevo régimen fue descomponiéndose paso a paso mientras los maoístas aumentaban su poder. El nuevo rey Gyanendra intentó sacar partido de la debacle parlamentaria recuperando el poder absoluto que la monarquía había perdido en 1990. Se aprovechó de que la Constitución parlamentaria había dejado al rey como una figura por encima de la ley, con todos sus privilegios intactos y controlando al ejército, para dar su golpe de estado del 2002.

Fue un mal cálculo. El golpe, en vez de aislar a los maoístas aisló a la monarquía. Los partidos parlamentarios se unieron a los maoístas cuando el rey disolvió el parlamento. Pudiera ser que el rey pensara que nadie los iba a defender. La gente los ve como corruptos y elitistas, pero olvidaba que era difícil conciliar la modernidad de las nuevas clases medias urbanas con un rey que aspiraba a gobernarles cómo súbditos. No estaban dispuestos a perder la ciudadanía, que habían ganado con sus movilizaciones, a manos de un rey dudoso y pactaron a regañadientes con los maoístas.

En la ciudad de Pokhara un librero, que se definía como demócrata, decía que el país necesita “paz, ley y orden”. Según él Nepal no aguantaría muchos más años de guerra. “Si la guerra dura cinco años más Nepal desaparece”, decía. Es la razón de porqué ve bien el acuerdo con los maoístas. Pero para él, el problema es “¿por qué hay que dejar que la ley maoísta sea más fuerte que la ley nacional?”, “¿por qué los maoístas tienen que imponer su ley con las armas?”, “¿por qué hay que proclamar la República sin consultar a la opinión pública?”, preguntaba.

Los maoístas habían bajado de las faldas del Annapurna, y ahora estaban activos y presentes en la ciudad. Lo mismo

La putrefacción se hizo visible en junio del 2001, cuando el rey Birendra Shah y otros diez miembros de su familia fueron asesinados.

que en Katmandú. Los maoístas estaban extendiendo su poder. En la capital las milicias maoístas (una organización diferente del Ejército Popular de Liberación) estaban actuando como si fueran la policía. Hacían campañas contra el alcohol, el juego y la prostitución mientras detenían a cientos de delincuentes, a los que, después de castigarlos físicamente, entregaban a sus familias, a quienes pedían responsabilizarse de ellos. La prensa denunciaba cada día acciones de este poder. Un día cobraban impuestos de circulación a taxis y camiones; otro día limpiaban calles y plazas; el siguiente los maoístas ocupaban edificios y factorías, repartían tierra o castigaban a funcionarios corruptos. El doble poder era bien visible.

* * *

Las espadas están en alto. La policía nacional y el ejército patrullan Katmandú. La gente dice que su presencia se ha reducido notablemente desde que se decretó el alto el fuego, pero para alguien que no está acostumbrado, su presencia es significativa. Las milicias maoístas tampoco están quietas. Acabar con la monarquía fue la base de las movilizaciones de abril, y los maoístas saben que van con la corriente. Es por eso que existe un cierto pesimismo sobre la situación. Para muchos hay un divorcio entre los acuerdos de los líderes y lo que ocurre en la calle. No ven claro cómo los dos poderes enfrentados que hoy existen en Nepal pueden llegar a entenderse, o cómo los dirigentes maoístas pueden convencer a sus bases para que disuelvan el poder popular que han construido. La prensa no se cansa de echar en cara ese doble poder a los maoístas. Les dicen que si han llegado a un acuerdo, que lo cumplan. Les exigen que acaben con su reclutamiento, el cobro de impuestos o los castigos físicos a los delincuentes. Prachanda da excusas. Pero él también tendrá que elegir.

Un productor de vídeo, perteneciente a una familia acomodada de Katmandú, reconocía tener miedo de los maoístas. Les acusaba de seguir imponiendo su poder a pesar de lo que dicen y firman sus dirigentes. Según él, el acuerdo es incompatible con su aparato militar, que empuja a los maoístas a la extorsión económica. Y “no sólo de los ricos”, puntualizaba. Presentaba una situación que yo había oído antes: “Los nepalíes corrientes tienen que nadar entre dos corrientes, entre dos ejércitos que los esquilman. Uno de día y otro de noche”. Acusaba a los maoístas de no respetar los derechos humanos y de escon-

der un proyecto totalitario. En la Oficina de Derechos Humanos me dijeron que es verdad que han documentado casos en que los maoístas violan los derechos humanos. El último, el reclutamiento de menores de edad. Pero también decían que el 80% de las violaciones son cometidas por el ejército. La última tensión entre las clases medias y los maoístas se había producido por la exigencia de éstos de que se alojase a militantes maoístas que habían bajado de la montaña a asistir al mitin maoísta. Una práctica que los maoístas han institucionalizado en las zonas rurales pero que horrorizaba en la ciudad. Los maoístas acabaron desistiendo.

La situación es frágil. El acuerdo no es el fin del conflicto. Las clases medias pueden temer perder sus privilegios, pero no habrá paz hasta que se ponga fin a la miseria y la

marginación de la mayoría. El poder popular no es otra cosa que el asalto a la trinchera del Estado donde se han parapetado las elites para defender sus privilegios. La insurgencia ha sido parada en nombre de la promesa de que saldrán de la fortaleza y abrirán sus puertas dando acceso a la mayoría, hasta ahora excluida

de la política y el desarrollo. ¿Pero qué garantía hay de que ello ocurra? Las negociaciones han sido conducidas a puerta cerrada. Han sido hechas por Prachanda y Girija Prasad Koirala, ambos brahmanes (lo que produce escozor a muchos), quienes informan de sus acuerdos antes a la India o los Estados Unidos que a quien representan. Esta forma de hacer las cosas potencia el pesimismo. Una vez más el fantasma de que las elites sellen la fortaleza se pasea en Katmandú. El sueño popular de asaltar el cielo lo ven en riesgo. La confusión se apodera de unos militantes adoctrinados en la ortodoxia maoísta. Pero si estos líderes fracasan o se venden habrá otros que continúen la lucha cuando se aclare la niebla.

Si el acuerdo colapsa la guerra será mucho más violenta y sangrienta de lo que lo ha sido hasta ahora, llevando a Nepal a una situación incierta. Ninguno de los dos ejércitos ha sido derrotado. 35 mil efectivos maoístas han sido acuartelados en siete cuarteles financiados por el gobierno. Sus armas no han sido requisadas, sino puestas, como ellos mismos, bajo custodia de Naciones Unidas. La razón de que la guerra será más feroz se debe a que no será librada en las montañas como antes, sino en las ciudades, donde los maoístas se están haciendo fuertes construyendo organizaciones de masas y milicias. Una perspectiva que nadie quiere ■

Estados Unidos e India ven a la monarquía como un muro de contención a los maoístas.